

trabajar, tendré fuerzas para hacerlo? Eso me preocupa, querido gurú. «Preocuparse no hace ninguna diferencia, pero trabajar hace y da espiritualmente la fuerza para trabajar».

Sri Sri Ravi Shankar es el gurú del actual Presidente de la República. También de otros personajes relevantes de este país: Marcelo Tinelli, por ejemplo. El discurso que MauMac (no es mala onda, me gusta este nombre, suena cool) dio en el balcón de la Rosada tiene las características esenciales de la religiosidad (acaso un poco bobba, pero adecuada para estos tiempos en que las grandes religiones sacrificiales han caído) que disemina nuestro gurú, el maestro Shankar. También su distendido baile. O la canción de Gilda que entonó la vicepresidenta Gabriela. MauMac, sonoramente, agradeció a todos. De aquí que haya dicho «gracias» tantas veces. Si agradeció a todos es porque lo hizo también a quienes no lo votaron. Pareciera que se propone gobernar para todos. Pero nadie puede hacerlo. Ni siquiera alguien tan dispuesto espiritualmente como él. Su primera semana de gobierno fue un vértigo. Metió dos jueces en la Corte sin consultar a nadie. Metió dos camiones hidrantes para que los vieran los manifestantes por la Ley de Medios. Arriba, en los edificios, algunos vieron algo más: policías que se movían ocultamente, como si fueran francotiradores. Devaluó el peso un 40 por ciento. Algunos dicen que esto se parece a la revolución libertadora. Que en marzo cierra el Congreso. Recibió a la Mesa de Enlace, que se fueron contentos. Pero con los sindicatos anda mal, ya chocó. No se puede comprar carne. Los precios meten miedo. ¿Y Sri Sri Ravi Shankar? Usted, MauMac, dijo que iba a gobernar para todos los argentinos. Ojalá. Nadie puede gobernar para todos, pero se le va a hacer difícil gobernar sólo para unos pocos. No lo haga. Y si los Estados Unidos le exigen que se comprometa en la Guerra contra el Terror, atención. Recuerde que Menem mandó al Golfo dos barquitos y después volaron la Embajada de Israel y la AMIA. Escuche, MauMac,

recuerde a Sri Sri: «Si puedes gobernar sobre tu mente, gobernarás sobre el mundo entero». Hasta el momento pareciera que los que gobiernan sobre el mundo entero están gobernando sobre su mente. Se lo digo por eso que usted dijo en su discurso del balcón de la Rosada, antes de bailar tan lindo: «Si nos equivocamos, avísennos, alérennos». Bien, se están equivocando, Presidente. ¿Y si cambia de gurú?

Antropología del burgués asustado. El Leviatán

(15 de noviembre de 2015)

Es posible que las guerras civiles inglesas estén en los orígenes del Leviatán, determinándolo, dándole un contexto fuerte, insoslayable, pero no lo explican por completo. Arriesgo esta hipótesis: esas guerras (porque no hubo una sola guerra civil, sino, al menos tres, aunque ahora se prefiere nombrarlas juntas) se llevaron a término entre monárquicos y parlamentaristas. Como todas las guerras (y acaso sobre todo las civiles, bastará mencionar la norteamericana), reclamaron sangre y crueldad, por decir lo mínimo. Fueron malos tiempos. Fueron tiempos que expresaron esa maldición china que sugiere desearle tiempos interesantes a todo aquel que uno odie. A esos tiempos, sin embargo, a los interesantes, los vivimos todos, ya que la historia que hacen y sufren los sujetos humanos es siempre dolorosamente interesante. Recordemos esa frase de Borges sobre Pascal: Le tocaron, como a todos nosotros, malos tiempos en que vivir. Esos tiempos hirieron el espíritu de Thomas Hobbes, que vivió condicionado, atemorizado por ellos. Durante los feroces combates de sus coterráneos, no vivió en Inglaterra.

En 1642, Hobbes publica su primer gran intento de filosofía política. Lo titula *De Cive* (*Del Ciudadano*). Aquí anticipa (en

el Prefacio del autor al lector) la teoría que subyace a todas las otras, que las posibilita. Primero: El estado de naturaleza. Segundo: La lucha de todos contra todos. En ese estado, en ese temible campo de batalla donde reinan el estruendo y el furor, previo a toda organización racional, se lleva a cabo la guerra de todos contra todos (*Bellum omnium contra omnes*) que exige que cada hombre sea para el otro lo único que puede llevarlo a sobrevivir: un lobo. Así, el hombre es el lobo del hombre (*Homo, homini lupus*). Y Hobbes resume algo que llamaremos su ardid esencial, su estratagema, su falacia fundante. Que es la siguiente: si uno quiere legitimar el surgimiento de un Estado absolutista tiene que introducir el miedo en la conciencia libre de los hombres. El miedo es el arma predilecta del poder. Está en los orígenes del Estado burgués. Está en Hobbes, que asusta a quienes lo leen para que acepten la protección del Leviatán, el Estado. Dice en *De Cive*: «El estado de los hombres sin sociedad civil, estado que con propiedad podemos llamar estado de naturaleza, no es otra cosa que una guerra de todos contra todos; y en esa guerra todos los hombres tienen derecho a todas las cosas». Es decir, el estado de naturaleza carece por definición del concepto de la propiedad privada. Sin respeto por la propiedad de los otros, sin la certeza que me lleva a respetar lo ajeno, lo que no es mío, no hay racionalidad social posible. La filosofía política del Estado burgués surge con la santificación conceptual de la propiedad privada. Contrariamente, «Rousseau (escriben Hardt y Negri) decía que la primera persona que quiso obtener una porción de la naturaleza que fuera de su exclusiva posesión y la transformó en la forma trascendente de la propiedad privada fue quien inventó el mal» (*Imperio*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2000, cap. XIII). Hegel, que no era contractualista, dirá que la propiedad privada es la objetivación de la libertad individual. Para cualquier buen burgués del Occidente capitalista —el de nuestros días y el de siempre— esta definición es,

Hegel, p. 85
entre otros, p. 36

sin más, la verdad. Es decir, si seguimos a Rousseau, el mal. Que (según el *Cándido* de Voltaire) se ha enseñoreado de la Tierra.

• Esta amenaza (que describe la horrible situación de vivir sin controles) le permite a Hobbes legalizar la propuesta de un solo ente todopoderoso que introduzca el control, el poder-orden-controlador entre los hombres. Foucault, desde luego, ha sido un aplicado lector de *El Leviatán*. Todo análisis del poder debe partir de esa lectura. En el formidable capítulo XIII de su *magnum opus*, Hobbes parte del concepto de igualdad. No sirve, es pernicioso. Si los hombres son iguales en naturaleza y razón siempre van a colisionar entre ellos. Todo apunta a introducir la necesidad de un ente superior. La igualdad, lo común, no trae la paz sino la disputa por la posesión. Escribe Hobbes: «De esta igualdad [...] surge una igualdad en la esperanza de conseguir nuestros fines. Y, por tanto, si dos hombres desean una misma cosa [...] se convierten en enemigos; y, para lograr su fin [...] se empeñan en destruirse y someterse mutuamente». Y más adelante: «De todo ello queda de manifiesto que, mientras los hombres viven sin ser controlados por un poder común que los mantenga atemorizados a todos, están en esa condición llamada guerra, guerra de cada hombre contra cada hombre». Sumidos en esta situación todos viven con miedo, ya que temen morir, en cualquier momento, de muerte violenta. Hay, por consiguiente, que instaurar un miedo que supere a todos y se imponga a todos como lo único a que hay que temer. Esto será mejor para todos y cada uno de los hombres. Y también será un acto piadoso, porque «la vida del hombre es solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta». Nadie puede negarle a Hobbes su pesimismo profundo, metafísico. Ignoro si Woody Allen se lo propuso, ignoro si conoció *El Leviatán* (no le hace falta), pero en uno de sus films (*Annie Hall*), dice: «Para mí la vida se divide en dos partes: lo horrible y lo espantoso». También hay un chiste elegante sobre un burgués del siglo XIX que sale de

Hobbes
y sus
razones
contra
la
igualdad

un opulento restaurante y el *maître* le pregunta si le agradó la comida. El burgués opulento contesta: «Era mala, pero al menos era poca». Como la vida para Hobbes: «Es solitaria, pobre, desagradable, brutal», pero, al menos, es corta.

En suma, según Hobbes la pasión de los hombres que más ayuda a instaurar un orden para todos es el miedo. El miedo a morir. El estado de naturaleza pone en riesgo la vida de todos porque es un estado de guerra incesante en el que todos creen tener los mismos derechos. Al crearlo, todos se creen libres. Ser libre es agradable pero riesgoso. Ser libre es estar expuesto a ser víctima de la libertad del otro. Este brillante juego conceptual entre ser libre o vivir seguro lleva a la postulación de eso que Hobbes llama el Leviatán. Es decir, el Estado, un ente en que todos depositan su libertad. Se la entregan al Estado para que éste —en tanto poder superior a todos los poderes individuales— garantice la seguridad de todo social. La seguridad tiene un costo: el costo es la libertad, que permanece ahora bajo la omnipotencia del Estado. ¿Por qué Hobbes le adosa al Estado ese nombre? ¿Por qué lo llama Leviatán? Casi todos, o muchos, saben que el Leviatán es un monstruo bíblico, acaso una enorme serpiente del mar. Pero pocos (o son, al menos, pocos los que yo encontré a través de los años y las frecuentes referencias al indispensable texto de Hobbes) han recurrido a la fuente. ¿En qué tumultuoso pasaje de la Biblia aparece el Leviatán? En el brillante Libro de Job, uno de los Libros Sapienciales (libros sabios) del Antiguo Testamento. Se ignora quién escribió ese libro, pero me atreveré a decir que es el más profundo de todo el Antiguo Testamento y, en cuanto al Nuevo, habrá que decir que las palabras de Job, en sabiduría, están a la altura de las de Jesús. Job, al creer tan hondamente en Dios, en ese Dios terrible y vengativo del Antiguo Testamento, le ha entregado su libertad, pero vive seguro y disfruta de su familia y sus riquezas. A pedido de Satán (tal como ocurre en el *Fausto* de Goethe, el *Fausto* de

del Leviatán (la historia bíblica original)
la modernidad en que Satán se llama Mefistófeles), Dios pone a prueba a su siervo, su mejor siervo, Job. Le mata a su familia, a sus ganados, le arroja plagas pestilentes y Job, recuperando su libertad, le dice palabras terribles. Por fin, Dios, en su último y extremo esfuerzo por dominarlo, le habla del Leviatán, la bestia omnipotente, invencible, a la que sólo resta temer y someterse. Dios le dice: «Pescarás con anzuelo a Leviatán, / ¿sujetarás su lengua con cordeles? [...] Tu esperanza sería ilusoria, / pues sólo su vista aterra. / No hay audaz capaz de provocarlo. / ¡Nadie bajo los cielos! / ¡El terror reina en torno a sus dientes! / Su estornudo provoca destellos / sus ojos parpadean como el alba. / Antorchas brotan de sus fauces / se escapan chispas de fuego; / de sus narices sale una humareda / su aliento enciende carbones, / expulsa llamas por su boca / ante él danza el espanto. / El hierro es para él como paja / madera podrida el bronce. / Deja detrás estela luminosa, / melena blanca diríase el abismo. / Nada se le iguala en la tierra, / pues es creatura sin miedo. / Mira a la cara de los más altivos, / es el rey de los hijos del orgullo». Aunque Dios, en sus palabras poderosas, nombra al Leviatán como creatura (ser creado), es claro para Job y para nosotros que no se trata de un *ens creatum*, sino del mismísimo rey de la creación, Dios. El Estado hobbesiano es, entonces, Dios. Y lo primero que pide a los hombres para otorgarles la dicha de vivir seguros es su libertad. De esta forma, en este primer majestuoso diseño del Estado burgués capitalista, sólo habrá seguridad si los hombres, sometiéndose, entregan al Leviatán su condición de seres libres. Bruce Ackerman, un brillante constitucionalista norteamericano, publicó un libro con un título explícito: *Antes de que nos ataquen de nuevo*. Es una obra maestra del miedo y la paranoia. Les dice a sus lectores: Si ustedes no quieren que nos ataquen de nuevo (si no quieren otro *nine-eleven*), necesitamos vigilarlos. Si quieren vivir seguros, el costo es la libertad, que nos la entreguen a nosotros, al Estado antiterrorista. Al Leviatán del siglo

XXI. De esta forma, y refiriéndonos a las malas, muy malas noticias de estos días, los ataques terroristas favorecen a los halcones de Occidente, y a los ciudadanos que entre su libertad y la furia monstruosa del Leviatán, o sea: entre estas dos posibilidades, eligen, por miedo, un miedo exacerbado por libros como el de Ackerman y por el poder mediático asociado al Complejo Militar Industrial, la segunda. Danzan, entonces, sometidos pero seguros, la danza del espanto bajo la mirada del Leviatán.

→ m con morder, s/ el significado de
Sobre el Eros y la violencia de género

(7 de junio de 2015)

Freud, en el más profundo de sus libros, propone que la cultura surge de la represión de los instintos, que esa represión produce un malestar insoluble en las sociedades y que la historia se desarrolla en la modalidad de un antagonismo incesante entre los dos elementos constitutivos de la condición humana: la pulsión de muerte y el Eros. Entregado a un pesimismo que era el de los mejores sujetos de su tiempo (el ensayo es de 1930, sólo tres años antes de la llegada de Hitler a la Cancillería del Reich), termina por confesar el casi imposible triunfo de Eros sobre su enemigo: la pulsión de muerte. La que se establece entre Eros y la pulsión de muerte no es una simple relación binaria. Los dos elementos están internamente sobredeterminados. Sin embargo, como tantos otros grandes pensadores, la propuesta es la de la lucha entre el Bien y el Mal. Eros es el Bien. Eros es el amor, la vida, la valoración de los otros. Eros es la lucha contra el sufrimiento y contra la violencia que lo provoca.

Entre los hombres y las mujeres que habitan este cascate que gira alrededor del Sol son muchas las relaciones que se

establecen dentro del campo del Eros. Eros es la fuerza del amor. El erotismo es el lazo que une a dos sujetos libres, a dos cuerpos sexuados, y hace de ellos una pareja, es decir: una dualidad que forma una unidad en la diferencia. El habitual concepto de pareja expresa eso y algo más: una pareja es la relación de dos seres parejos. El amor es una paridad consentida entre dos sujetos dispares. La pareja, sin embargo, es una ardua construcción. Los seres humanos no son parejos. Y menos los hombres y las mujeres. Pero el Eros impulsa un contrato formidable. El contrato del amor. Yo me entrego al Otro porque lo/la amo. Pero, ¿puedo entregarme por completo al Otro sin perder mi centro, mi identidad? La relación de amor requiere —para ser libre— que los dos sujetos de la paridad se entreguen al Otro sin dejar de ser ellos. Te amo, pero no me pierdo, no me anulo en vos. Te amo, y lo mejor que puede pasarte es que te ame desde mi libertad. Te amo, con mi cuerpo y con todo mi espíritu, que son uno en la pasión. Te amo y ese amor se expresa totalmente en el sexo, cuando el cuerpo vehiculiza toda mi riqueza y me entrego buscando perderme, llegar al éxtasis culminante y hasta perder mi *principium individuationis*, no ser yo, no tener centro, estallar en ese punto exquisito en que el placer, la muerte y la locura me llevan más allá de mí. Luego habré de retornar. Y te seguiré amando, pero sin perderme en vos.

La relación de pareja raramente es pareja. Siempre uno de los dos ama más al Otro de lo que éste/a la/lo ama. En el amor, el que menos ama es el que más domina. Hay uno/una que ama hasta perderse en el ser del Otro, del, precisamente, ser amado. El ser amado, el que recibe el amor del que se entrega más, maní-pula y domina. Ese polo de la pareja, el que se entrega menos, el que mira la relación desde otro lado, es el que la desequilibra. La pareja sigue pero se establece una relación de poder. Sobre todo si el que más ama acepta su subordinación, el dominio del Otro, que no necesita dejar de amar para imponer su dominio. Con